

## V.

## LA ESPADA DE PENHOEL.

Penhoel estaba celoso desde hacia mucho tiempo. Lo hemos visto otras veces en medio de su tranquila felicidad atormentado por vagas sospechas.

Desde aquel tiempo existía entre Blanca y él como una especie de fantasma. Adoraba á su hija, pero tras este amor se adivinaban sombrías inquietudes.

Y sin embargo, en aquella época respetaba el señor de Penhoel á su esposa cual á una santa.

No puede decirse sin embargo que sus celos careciesen absolutamente de fundamento. El lector habrá podido adivinar por la carta que ha leído

en el capítulo precedente una parte de la historia íntima de la familia de Penhoel.

Las circunstancias que acompañaron al matrimonio de Marta con René eran por sí mismas de naturaleza de dejar siempre una duda en el fondo del corazón de este último.

Cuando los hijos del comandante de Penhoel eran niños los dos, se conocían ya los papeles que debían representar en lo futuro. Luis era el mas fuerte y el mas inteligente, y por esta razón se sacrificaba mas siendo constantemente víctima de su superioridad. Amábasele mas, pero su generosidad cedía á René la mayor parte de los halagos y de las caricias.

René se aprovechaba abusando de su posición. Tal era su carácter. Entre los dos hermanos había habido por espacio de veinte años una verdadera amistad; pero los sacrificios habían sido constantemente hechos por él mismo.

Y como siempre sucedía, el afecto del mas fuerte hacía el mas débil aumentaba á medida de los sacrificios.

Mientras que René aprendía á aprovecharse siempre de los sacrificios, se habituaba Luis á olvidarse mas de sí mismo, de manera que el egoísmo del uno crecía en proporción de la abnegación del otro.

Llegó un día en que se encontraron los dos hermanos delante de una misma mujer. Era una joven bella, de corazón dulce y amante, un alma elevada, un espíritu gracioso, la que se desea para es-



posa y que realiza el bello ideal de los primeros amores.

Luis obtuvo la victoria como en cualquiera otra circunstancia. El corazón de Marta no podía dudar entre él y su hermano; fué amado.

Imposible es pensar que René no hubiese adivinado ese amor.

Sin embargo, aparentaba ignorarlo.

Su pasión era viva y profunda. Escogió á su hermano por confidente. Luis no sabía á quién amaba mas, si á Marta ó á René. Vaciló un momento porque había entre él y la jóven un lazo misterioso que aun no hemos manifestado.

Desgarróse su corazón. Durante toda una noche de insomnio lloró tendido en su lecho. Al siguiente día antes de despuntar la aurora entró silenciosamente en la habitación de su padre y de su madre, besando á los dos en medio de su sueño.

No debía volver á verlos mas.

Abandonó el castillo sin despedirse de Marta, despues de estrechar contra el corazón á su hermano.

Luis de Penhoel tenía veintiun años cuando hizo esto. Fué despues de una noche de fiebre y en un momento en que su amistad á René se exaltaba hasta el entusiasmo.

Considerado detenidamente, Luis de Penhoel, á pesar del heroísmo de su último sacrificio, cometía una falta grave, porque no tenía derecho para abandonar á Marta, que era suya.

Pero había visto á René pálido y con las lágrimas en los ojos. René le había dicho:

—Moriré.

Y había seguido el impulso de su corazón generoso, hallando en el primer momento una especie de gozo doloroso en el fondo de este supremo sacrificio.

En cuanto á Marta, era una niña de diez y seis años. El lazo que la unía á él hubiera llegado á ser bajo otro punto de vista sagrado é indisoluble. Pero ese lazo resultaba de una aventura estraña y debía ser un misterio en concepto de Luis hasta para la misma jóven.

En esto se engañaba Luis.

Decíase que Marta obedecería. A la edad que tenía no pueden ser duraderas las impresiones. René de Penhoel era jóven, buen mozo, y de buen corazón. Con el tiempo no podría menos Marta de amarle.

En esto se engañaba también Luis.

Al siguiente día de su partida, la víspera tal vez, cuando hubo pasado su fiebre, cambió sin duda de sentimiento. Su acción le pareció lo que en realidad era, generosa por una parte, censurable por la otra. ¿Pero se podía volver atrás?

Deslizáronse los días, y lejos de suavizarse se envenenó la amargura de sus pesares. Había en él un remordimiento, porque no se había sacrificado solo. Tenía sobre todo un dolor incurable y profundo, porque sentía crecer su amor y comprendía



que su desgracia era de las que no acaban nunca.

No habia medido sus fuerzas: ignoraba él mismo hasta qué extremo amaba.

Ahora diremos cómo fué vencida la resistencia de Marta y por qué medios llegó René á ser su marido.

Esta repugnancia habia sido viva y obstinada. Una vez casada, se acordó el señor de Penhoel de las prolongadas negativas de la jóven combinadas con el amor probable que habia profesado al ausente, y esto dejó en el corazón de René un fondo de inquietud indestructible.

Sin embargo, habian trascurrido tres años. La union de Marta y René despues de haber sido estéril, prometia un heredero al nombre de Penhoel. El comandante y su mujer habian muerto.

Una tarde, esto era como un sueño, volvía René al castillo despues de la caza: estaban al principio de invierno y la noche comenzaba á estender sus sombras, sin embargo de no ser mas que las cuatro.

Subiendo el sendero que conducia del paso de Port-Corbeau al castillo á través de las malezas, oyó René delante de él ruido de pasos.

Apresuró su marcha, pensando que era un huésped que llegaba al castillo.

En efecto, era un huésped; pero la puerta del castillo, que de ordinario se abria á todo el que llegaba, debia permanecer cerrada para él.

El desconocido se detuvo bajo la antigua muralla y René pudo reunirse con él.

Reconoció al primogénito de su nombre.

René solo hubiera podido decir lo que en aquella entrevista pasó entre él y su hermano.

Al cabo de media hora bajaba Luis el sendero que conducia á la barca de Port-Corbeau.

Llevaba la cabeza inclinada sobre el pecho.

Antes de pasar el rio dirigió la última mirada al castillo de sus padres, ocultando el rostro entre sus manos. Un nombre se deslizó entre sus labios.

Marta.

Llamó á Benito Haligan, que no le conoció, tal vez porque el alto cuello de su capa de viaje subia hasta las alas del sombrero.

Luis habia andado muchas leguas para visitar á su hermano: volvió á pasar el mar y nunca mas se le vió.

Marta dió á luz el Angel de Penhoel.

René se decia á veces, mirando á su hija, que tal vez hubiese permanecido Luis mas de una noche en el castillo.

Pero se avergonzaba cuando pensaba en esto, y durante mucho tiempo para calmar sus locos temores le bastó contemplar un momento la serena y pura belleza de Marta.

En ese estado estaban las cosas la noche de la tempestad que llevó al castillo á Mr. de Blois, á su criado Blas y á Lola.

Esta fué la ruina y la maldicion de Penhoel. Roberto se insinuó en la confianza del señor domi



nando á su placer á aquel espíritu demasiado débil para resistirle.

Roberto era un hombre hábil, y sobre todo, sabia tomar por asalto el secreto mejor guardado. Desde que adivinó los celos de Penhoel fué dueño de todo.

Penhoel fué suyo.

Sus medidas, tomadas con mano maestra, merecian á la verdad la victoria. Habíase sentado tranquilamente en el castillo conquistado entre el señor, de quien era dueño primero por su secreto, luego por Lola, y despues debia serlo tambien por la diestra mano de Macrocéfalo, y la Señora, cuyo confidente se habia hecho á viva fuerza.

Nadie era capaz de resistirle.

El mismo Penhoel no lo intentó. Siguió desde el origen el instinto de su debilidad, tomando por descanso los vicios que adormecen y embriagan.

A largos intervalos se despertaba todavía; pero Roberto sabia hacer volver en provecho de su intriga hábil aquellos raros rayos de inteligencia y voluntad.

A pesar de su amor á Lola, René, por una contradiccion muy comun, permanecia estando celoso de su mujer. Este era el flanco que Roberto atacaba constantemente.

Roberto dejaba escapar medias palabras, usando diestras reticencias.

René estaba convencido de que Roberto tenia en su poder las pruebas de su propia desgracia.

Un resto de respeto que no podia abandonar, y

la conciencia que tenia de su culpable conducta, le hacian guardar ciertas apariencias para con Marta; pero en el fondo de su corazon habia un rencor antiguo, y sus faltas personales en lugar de contrabalancear los derechos que creia tener, no hacian mas que exacerbarlos.

Sin embargo, á pesar de todas estas razones de su crueldad en el momento de la venganza para esplicar la barbarie de Penhoel para con su desgraciada esposa, es preciso recordar constantemente la debilidad original de su carácter. Esos seres que tienen buen fondo, como vulgarmente se dice, llegan en ciertas circunstancias á un exceso de ferocidad increíble. No alteran en nada el curso de su existencia, y esperarán el último dia de su vida sin haber muerto una mosca; pero que llegue el desórden, la lucha, donde les falta el valor, la derrota, ante la cual se encuentran sin fuerzas, y los vereis volver la espalda cobardemente al enemigo vencedor y buscar en torno suyo alguna víctima sobre quien descargar su impotente rabia.

Y entonces nada de piedad; lo que han sufrido quieren hacerlo sufrir centuplicado: se encarnizan en su oficio de verdugos; saborean la tortura impuesta, consolándose con decir al mártir: tú tienes la culpa de cuanto me sucede.

Tal era esactamente la posicion de René para con Marta.

Esta se encontraba en ese estado de abatimiento nervioso que sucede á una angustia excesiva. Dios,



clemente, ha puesto límites mas allá de los cuales no aumenta el dolor humano, pareciendo aletargarse.

Cuando se trata de sufrimientos físicos, cae el paciente en la atonía; cuando se trata de sufrimientos morales, se adormece el alma hasta cierto punto, perdiendo igualmente la sensibilidad.

Marta, abatida y destrozada, habia dejado de pensar. Todos aquellos continuados choques habian agotado sus fuerzas y casi las habian anulado.

Todo sueño tiene sus delirios.

Lo que quedaba á Marta de sus pensamientos le recordaba vagamente lo pasado. Un sueño confuso la trasladaba á los felices días de su juventud.

Después de trascurridos tantos años, le traía la casualidad ¡ay! un bálsamo para la primera herida que habia hecho verter sangre á su corazón.

Hasta entonces habia creído que Luis la habia abandonado para lanzarse á recorrer el mundo. Nunca habia tenido noticias suyas. Todos cuantos la rodeaban, escepto uno, habian tomado á su cargo desde el principio robarle toda esperanza.

Escepto el buen tío Juan, la familia entera se habia reunido ya para obligarla á ser la esposa de René.

Durante los primeros meses Marta habia esperado firmemente á pesar de cuanto en torno suyo se decia.

Luis era la lealtad personificada, Marta sabia

que habia empeñado su palabra en volver. Para arrancarle su esperanza fué preciso la mentira y las repetidas instancias.

Marta se habia cansado de combatir; habia cedido al fin, pero nunca se resignaba.

Hay prisiones cuyas ventanas, guarnecidas de fuertes hierros, dan al campo ó á jardines llenos de flores.

Marta encadenada á su terrible desgracia, veía repentinamente abrirse é iluminarse el horizonte.

Esta felicidad tan grande, tan completa, amar y ser amada, la habia visto ya Marta; se le habia ocultado.

Luis no la habia abandonado. La carta estaba fechada en 1805, lo que manifestaba un largo año de ausencia, y la ternura de Luis parecia haberse aumentado en medio de la soledad.

¡Cuántas felicidades perdidas y reemplazadas por la desgracia, fria, larga é implacable!...

Marta no hacia una reflexion completa: deteníase á mitad del camino, á la palabra felicidad, y su inteligencia, quebrantada, se perdía entre los vagos campos de la fantasía.

Su rostro detrás del velo que formaban sus dos manos espresaba como una sonrisa.

La amenaza no tenia influencia sobre ella y las brutales palabras del señor de Penhoel zumbaban como un ruido vano en torno de sus distraídos oídos.

Era tal vez un reposo de algunos segundos; pe-



ro en medio del inmenso desierto tiene el árbol cuantiosos encantos.

René proseguía con placer su papel de verdugo; creía adivinar las lágrimas tras las dos manos de Marta y esto le agradaba.

—Esta vez, señora, no lo negareis! decía ojeando las páginas de la segunda carta.... estáis ya cansada de mentir! Os aseguro que esperaba otra cosa de vos.... Os suplico que me hagáis la gracia de escucharme. Estamos tocando el término de los placeres que disfrutamos esta noche, y lo que nos queda que leer es mucho mas interesante.

Marta no respondía.

Penhoel se gozaba en aparentar una tranquilidad burlona; aumentaba su embriaguez sin que él mismo lo apercibiese y tartamudeaba. Había momentos en que sus ojos, apagados y casi muertos, se encendían para despedir una mirada brillante y de fuego como un rayo.

—Cambiamos de estilo, prosiguió; aquí no tenemos ni fecha ni firma.... ha sido escrita en distintos días.... Muchas lágrimas se han vertido al escribirla.... Es un documento curioso.... Atención: empieza.

“Hace veinte años que tomo la pluma y veinte veces que he desgarrado los renglones trazados con ella. ¿Cómo explicaros las distintas sensaciones, los diferentes afectos que experimenta mi corazón? ¿Cómo manifestaros lo que ha pasado? ¿Có-

mo deciros por qué confío todavía en vos, yo, que soy la mujer de otro?”

—Esto no es una razón, objetó René.... ¿Tenéis la bondad de escucharme, señora?

Marta hizo un movimiento. Estas formas corteses empleadas por Penhoel de cuando en cuando con el objeto de aguzar su sarcasmo, no producían efecto por un doble motivo. Entonces caían estos golpes sobre un cuerpo inerte y casi insensible: en seguida la burla se embotaba al pasar á través de la embriaguez. Las palabras que quería hacer irónicas salían de su boca pesadas y brutales como el insulto que dice un lacayo después de haber apurado unos cuantos jarros de vino.

“Porque soy casada, prosiguió, he resistido tanto como me ha sido posible, tanto como he conservado un resto de la esperanza que me sostenía.

“Pero estaban todos contra mí.... vuestro padre, vuestra madre. Me decían á mí, pobre niña, recogida en el castillo desde mi infancia y viviendo con sus beneficios, me decían: No habeis entrado en nuestra casa mas que para la pérdida y la desgracia de nuestros dos hijos!.... Luis partió por culpa vuestra.... y he aquí á René que se muere por vos....

“Era verdad, ¡Dios mío! ¡Si hubiéseis visto á René! ¡Cómo había cambiado! Permanecía semanas enteras solo en la habitación. No quería sentarse con todos á la mesa. Hablaba de matarse.... El comandante y la que me había servido de madre



me decían con las lágrimas en los ojos: ¡Oh, Marta, Marta! su vida está entre tus manos. ¡Ten piedad en nombre de Dios y consérvanos nuestro último hijo!

“¡Si no hubiera necesitado más que mi sangre para salvarle! ¡Pero no podía! Ya sabéis que me era imposible....”

A los labios de René asomé una sonrisa.

—¡Oh! sí, murmuró; mi generoso hermano sabía esto, señora, y cuando tres años después volvió, os dió sin duda la absolución de vuestro crimen.

—¿Volvio? repitió Marta admirada.

René se encogió de hombros.

“Me decían además, prosiguió, continuando la lectura, que habíais abandonado el castillo por libertaros de la vista de mis lágrimas, y como á todo esto no le diera crédito, me dijeron una vez que habíais muerto....”

“Durante siete meses fué todo inútil. Luis, mi pluma se niega á escribir la causa de mi resistencia. Aun cuando entonces no hubiera creído la noticia de vuestra muerte, me hubiese sido imposible casarme.

“Me engañaba al deciros que conspiraban todos contra mí. Vuestro tío Juan y su mujer, que ¡ay! no existe ya, me sostenían, animándome para que os esperara. Sin ellos me hubiera sido forzoso morir de dolor y de vergüenza.”

René se interrumpió de nuevo.

—Mucho tiempo hacia que sospechaba ya esto,

dijo; nuestro excelente tío me vendía sin embargo de comer mi pan; también le llegará su vez, y para entonces le reservo su digna recompensa.

Antes de continuar volvió el botón de la lámpara, cuya mecha, excesivamente larga, arrojaba una llama alta y humeante.

—No veo bien, dijo.

Era la sangre que cegaba sus ojos.

“Si esta carta llega á vuestras manos, prosiguió, haciendo por leer esfuerzos cada vez más penosos, pedid á Dios por la mujer de Juan de Penhoel, que ha hecho por mí más que mi propia mano; y si no volveis nunca á Francia, pagad en beneficios á Juan de Penhoel los sacrificios que por mí ha hecho.

“El es quien me consuela y conoce el fondo de mi corazón; con él solo es con quien puedo hablar de vos.”

—¡Oh! dijo René enjugándose el sudor que inundaba su frente; es muy larga, señora, y no encuentro el párrafo que deseo. Sin embargo, estoy bien seguro de haberlo leído en medio de vuestras jermiadas amorosas.

Otros ojos más penetrantes que los míos podrían mostrarme la línea y la página. Llévese el diablo esta lámpara; no veo nada con ella.

Y para aclararse la vista bebió un vaso de aguardiente.

—Vamos, prosiguió; paso tres ó cuatro páginas de lágrimas y sollozos. No nos queda para saber otra cosa más que si vos amais á mi generoso her-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cada. 1625 MONTERREY, MEX.



mano como una loca.... Veamos si lo encuentro pronto:

“Teneis que cumplir deberes do los que no podeis dudar, Luis. Dios no quiere que mi pluma trace una queja que vaya á turbar la felicidad de vuestros placeres si sois feliz, ó á acrecentar vuestras penas si sois desgraciado.

“Pero es preciso decirlo: reconoced el fondo de vuestra alma y recordad....

“El destierro voluntario no es permitido mas que al hombre que se ve solo en el mundo.... y vos no lo estais.”

—¿Si habré pasado demasiado? exclamó René volviendo una página; parece que se mezcla en esto el diablo; no veo ya. La lámpara se apaga y mi frasco se está acabando. ¡Ah! si estuviese aquí Roberto de Blois para ayudarme.

Como volviera las hojas de la carta al azar, se escapó el papel de sus trémulas manos: bajóse para recogerlo y las venas de su frente se hincharon de tal manera que parecia iban á reventar.

—Tengo sangre fria, murmuraba, y he procurado no beber mucho; para juzgar se necesita calma: ¡escuchad, escuchad! He aquí lo que yo buscaba.

“....Os suplico, Luis, que recibais....”

—¡Pero qué hay despues! ¡Oh! ¡oh! ha blanqueado la tinta; el papel y la letra son del mismo color, y esta maldita lámpara....

Hizo girar otra vez el boton: el tabo le saltó al rostro.

Se levantó furioso.

—¡No se quiere que leal exclamó; pero no importa. Lo he visto ya mas de una vez. Blanca de Penhoel, su hija.... su hija.... ¿lo oís?

Mucho tiempo hacia que Marta permanecia inmóvil protegida por su inercia. Como siempre, el nombre de Blanca hizo sacudir su apatía.

—¡Blanca! repitió; aun no me habeis dicho qué era de mi hija.

Luego añadió estremeciéndose:

—Os habeis vengado en ella.

Despertábase su inteligencia. Comprendia vagamente que Roberto, abusando de la embriaguez de René, le habia hecho ver en la carta las cosas como no eran.

Penhoel estaba de pié esforzándose por guardar el equilibrio.

Sus piernas débiles podian apenas sostenerle. Marta se arrastraba arrodillada á sus piés.

—Es vuestra hija, murmuraba. ¡Oh René, os lo juro! en nombre de Dios tened piedad de vuestra hija.

Su corazon, que comenzaba de nuevo á palpar, habia hecho acudir alguna sangre á sus mejillas; sus ojos vertian abundantes lágrimas; sus rubios cabellos, sueltos y al aire, inundaban su rostro, cayendo sobre sus espaldas.

René se puso repentinamente á contemplarla en silencio; cambió su fisonomía. Cuando al fin neó



de la palabra, habia en su voz una emoci3n triste y casi tierna.

—¡Oh! sé muy bien que sois hermosa; si hubiérais querido hubiésemos podido ser muy felices. No pretendia mas que poder amaros cual un esclavo, Marta. ¿Lo recordais? Hace mucho tiempo! Pero aun no he olvidado cómo palpitaba mi corazon al veros. Despues otra mujer se ha apoderado de mi corazon y de mi razon. Lola... tambien es muy hermosa! Lola, que me abandona infamemente en los momentos de sufrimiento; pero el suyo no es el mismo amor. ¡Oh! En mi vida he amado á otra que vos, Marta, ni tampoco la amaré.

Y se sentó junto á su mujer, tomando con las dos manos los hermosos cabellos para echarlos á la espalda.

—¿Os acordais, prosiguió, de mis súplicas y mis lágrimas? No conocia toda mi desgracia, pero comprendia que no era amado. ¡Dios mío! Si la voz de algun génio me hubiese dicho: ¿Quieres dar tu vida por una semana de felicidad, una semana durante la cual se te hará el mas feliz de todos los mortales? ¡Oh Marta, hubiera dado mi vida!

Marta bajaba los ojos.

—¡Mi hija, dijo en voz baja, no me hablais de mi hija!...

René se levantó por segunda vez y rechazó su sillón, que rodó hasta la mitad de la estancia.

—¡Qué loco soy! esclamó mientras la cólera coloreaba de nuevo la mancha ardiente que brillaba en

medio de su mejilla pálida: preciso es que esta mujer me recuerde quién soy! Su hija, ¿no es así? prosiguió amenazando con el puño el retrato de su hermano; la hija de ese embustero, de ese infame!... Ni una palabra mas, señora, en nombre de Dios: no quiero oiros: ¡oh, estoy arruinado!... El hijo de Penhoel es pobre ahora como los mendigos que vienen á buscar la limosna á la puerta del castillo... El hijo de Penhoel no tiene ya asilo... Y no es solo la desgracia la que pesa sobre su cabeza... es tambien la verguenza!... Si las gentes que lo han arruinado no se compadecen de él, será el nombre de su padre arrastrado por la infamia!...

¿Y sabeis lo que ha impulsado á René de Penhoel hasta el fondo del abismo?... aadió dejando caer su pesada mano sobre el hombro de Marta; han sido el hombre y la mujer á quien tanto adoraba.... vos, la esposa culpable, y él, el hermano indigno: callad, no quiero oiros; soy el amo. Ya sabeis que digo la verdad.

El dia en que se han arqueado mis cejas por primera vez mirando la cuna del Angel, habia ya pronunciado Dios mi sentencia... Era que moria mi última esperanza. Nada existia entonces en mi corazon, y era preciso adormecer la angustia de mi pensamiento. He buscado el olvido en la embriaguez, en el juego, en el amor... Y cada vez que cometia una falta érais vos la culpable, señora.

Separó su mano del hombro de Marta, siempre



arrodillada, dando un paso hacia el retrato del Primogénito de Penhoel.

—¡Vos y él replicó con salvaje ímpetu de cólera; él sobre todo, el verdugo de mi vida, el mas infame de los hombres!

Habíase aproximado al cuadro.

Levantó la mano y dió con el puño cerrado al lienzo, que se hundió precisamente en el sitio del corazón.

René no se dominaba ya.

Descolgó el cuadro, precipitándolo roto en el suelo; luego destrozó con los pies la imagen de su hermano, dejando asomar á su rostro una alegría escesiva.

El ruido que en esta operacion causaba le impidió oír la puerta del salon que se abría dulcemente. La lámpara, privada de su tubo, no despedía mas que una luz vacilante y humeante.

Marta y René no vieron que una persona se deslizaba entre las hojas de la puerta y permanecía inmóvil en la sombra junto á la entrada.

René daba vueltas sobre el lienzo desgarrado, en el que hubiera sido imposible reconocer la fisonomía de su hermano.

Marta le miraba sobreecogida de horror como si hubiese asistido á un asesinato.

René se detuvo al fin, enervado por aquella sonrisa irresistible de los ébrios.

—¡Oh, oh! dijo, con razon habia amenazado el an-

ciano Benito que yo lo asesinaria.... Ahora os toca á vos, señora.

Llegó apoyándose en la muralla al retrato del anciano comandante de Penhoel. Debajo de aquel retrato, como ya hemos dicho, pendía un trofeo de armas. René tomó una espada.

No reía ya.

Se descubrió é hizo la señal de la cruz.

—Todo ha terminado para nosotros, señora, pronunció con voz sorda y resuelta.... Haced lo que yo; decid vuestras oraciones.

Apoyóse sobre la empuñadura de la espada y sus labios se agitaron como si hubiese murmurado una oracion.

Marta se arrastró de rodillas hacia él.

—René, murmuraba estendiendo sus brazos suplicantes; quiero morir, y os perdonaré desde el fondo de mi corazón. Pero os suplico que antes de matarme me digais lo que habeis hecho de mi hija.

René cesó de rezar y señaló con el dedo la cartera que estaba en el suelo junto á la mesa.

—No os he dicho que habia tenido necesidad de pagar eso! replicó: no poseia nada. Roberto de Blois me pidió vuestra hija en cambio de esos papeles y se la dió.

Marta apoyó sus dos manos contra el corazón lanzando un débil gemido.

Luego cayó privada de sentido.

Penhoel probó en el dedo la punta de la espada.



En ese momento se dejó oír un ruido leve junto á la puerta.

La persona que acababa de entrar y que permanecía oculta en la sombra, descolgaba también una de las armas suspendidas en forma de trofeo bajo los antiguos retratos de familia.

Solamente separaban á Marta desmayada de René algunos pasos.

Este inclinó la cabeza sobre el pecho y marchó hácia su mujer diciendo en voz alta:

—Primero ella, luego yo.

En su acento como en su rostro había una sombría determinación.

Pero como á la vez levantase la cabeza para ver y la mano para herir, vió entre él y su víctima un hombre.

Era el tío Juan, que dejaba observar su elevada estatura, encorvada por la vejez, y que permanecía de pié con la espada en la mano delante de Marta.



## VI.

## LA HORA DEL DESTIERRO.

En ese hombre de apostura arrogante y robusta que se erguía con la espada elevada delante de la pobre mujer, reconoció René de Penhoel al momento al pobre tío Juan. Estaba tan habituado á ver encorvarse la fisonomía del buen anciano, humilde y dulce, sobre su pecho, que creyó en el primer momento soñar.

Retrocedió un paso, agitando la espada como si hubiese querido hacer desaparecer el fantasma.

Su espada encontró la de Juan de Penhoel, produciendo ese ruido de hierro que despierta como el eco de un clarín.

La luz de la lámpara caía á plomo sobre la frente del anciano, coronada por sus cabellos tan blan-